


*La increíble historia
de un sacerdote en deuda
con su violento pasado*

ASÍS ARANA

CUANDO FUI SKIN

 Planeta Testimonio

CUANDO FUI SKIN

 Planeta Testimonio



ASÍS ARANA

CUANDO FUI SKIN

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Colección PLANETA TESTIMONIO

Dirección: José Pedro Manglano

© Asís Arana, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: junio de 2010

Depósito Legal: M. 19.418-2010

ISBN 978-84-08-09422-7

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Rotapapel, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

ÍNDICE

<i>Nota del autor</i>	7
<i>Prefacio</i>	11
SOBRE LOS NOMBRES PROPIOS DE LA INFANCIA	19
LA REBELIÓN DEL ESCRITOR	21
LA PRIMERA SESIÓN. Los inicios de la tragedia	51
LA SEGUNDA SESIÓN. Empieza la doble vida	115
LA TERCERA SESIÓN. La huida hacia delante	187
LA CUARTA SESIÓN. La vida sin Javier	273



A nuestros padres



NOTA DEL AUTOR

A pesar de tratarse de una novela basada en una relación personal y una secuencia de hechos rigurosamente reales, algunos de los episodios y declaraciones que aparecen en este libro pertenecen al ámbito de la ficción. Por otra parte, considero justo también aclarar que la persona, no el personaje, en la que está inspirada esta historia, por motivos personales y fácilmente comprensibles, ha preferido mantenerse al margen en todo lo relativo a su publicación. Respeto plenamente dicha decisión. No obstante, confío en que esta misma persona, a la que en cualquier modo considero un inestimable amigo, haga lo mismo con la que yo he tomado escribiendo esta historia.

Los motivos por los que he resuelto publicarla son tanto de orden práctico o «egoísta» como moral.

A este respecto, sólo les diré por ahora que considero del todo imposible describir con exactitud «la realidad» de lo que otra persona me ha contado. Para mí, «escuchar» supone de manera inevitable filtrar y registrar mental, particular y, por ende, sesgadamente. Es decir, creo que, de algún modo, se convierte en «traducir» en imágenes u «opinar» en silencio. Por muy objetivo y fiel a un testimonio que se pretenda ser, y aunque sea de un modo inconsciente, considero que al final resulta ineludible «juzgar» de forma interior, sucinta o colateral. No obstante, espero haberlo hecho en la menor posible de las medidas.

Y todo ello es así a pesar del estilo y estructura con los que esta historia de amistad se ha relatado.

Asimismo, serán ustedes también libres para juzgar hasta qué punto he preferido hacer oídos sordos a mi conciencia. Trato honestamente de no ningunearla de forma habitual. Si en este caso la he «amaestrado» para que reaccione únicamente del modo que me conviene, es algo que cada uno de ustedes deberá —si quiere o puede— decidir. No descarto en absoluto que, al fin y al cabo, algunos de ustedes puedan tener parte de razón.

La mayoría de la gente amolda su conciencia a las necesidades que le impone su cuerpo. Es decir, piensa lo que hace. Y punto.

Existen personas que, por un lado, necesitan cumplir con las exigencias de esa conciencia, y, por el otro, se contradicen al sucumbir constantemente ante las directrices prácticas que les prefijan sus caprichosos cuerpos. Por lo general, prefieren ser reconocidas como «de izquierdas» antes que como seres incoherentes.

En parecido número están también los que, para poder vivir «tranquilos» consigo mismos, necesitan amaestrar su conciencia, de modo que sus cuerpos «sean capaces» de encajar en sus constreñidos confines. Suelen preferir que se les reconozca como personas consecuentes antes que como gente «de derechas».

Luego están esos otros, muy poquitos, a los cuales no tardaríamos en contar y entre los que lamentablemente no me encuentro por mucho que me busque, cuyos cuerpos hacen única y exclusivamente lo que les dicta su libre conciencia. Antes que ponerle cortapisa, tratan siempre de espolearla para que les guíe hacia aquel lugar en el mundo al que creen pertenecer. Estos últimos son esos a los que Bertolt Brecht llamaría los imprescindibles.

El protagonista de esta historia, independientemente de ideologías y creencias, y por mucho que les pese a algunos en este ridículo mundo de «bautismos laicos», es uno de ellos.



PREFACIO

En la actualidad soy sacerdote, tengo treinta y cuatro años, y vivo en un pequeño pueblo en algún punto de España. No obstante, y aunque de origen muy diferente, hay dos motivos de peso por los que no voy a deciros mi nombre. El primero, sencillamente porque no puedo, imposibilidad que entenderéis muy bien una vez hayáis terminado de leer este libro. El segundo, en apariencia de menor trascendencia, creo que es en realidad el más importante: qué importa quién sea yo, ¿acaso se conoce mejor a una persona por saber cómo se llama, acaso debería gustarnos más o menos el sabor de una fruta porque conozcamos la palabra por la que se define, o tendríamos que apreciar o censurar en mayor o menor medida la calidad de una acción en función de la fama de su protagonista?

No. Es más, creo que sucede justo todo lo contrario. En mi opinión, conocer demasiados accidentes de un objeto nos lleva la mayoría de las veces a percibir cada vez peor su esencia. Con respecto a lo que voy a contaros, lo que interesa no es quién sea el viajero, sino el camino en sí, el recorrido, la historia, la mía, la de una persona que, a pesar de todo lo que le pasó y de las atrocidades que cometió, al día de hoy puede *mirarle* a los ojos en la Cruz sin sentir vergüenza.

Hubo una época de mi vida en la que, cercado por mi propio ego y guiado por un odio cerval, me dedicaba a arrasar la vida de todo aquel que se interpusiera en mi solitario, ciego y

prejuicioso camino. Mi código de conducta era la más pura y gratuita violencia para con todo aquel que no encajara en unos rígidos ideales mezquinos y abominables.

Nunca podré dar gracias suficientes para reconocer la entrega de todas esas personas —familia, ex novia y amigos— que hicieron lo imposible por no abandonarme a mi suerte.

Hoy, a pesar aún de todas mis flaquezas, defectos e imperfecciones, trato de hacer de la comprensión y la compasión con cualquier prójimo mi única bandera. Y lo hago porque sé que eso es lo que Él quiere de mí. Sólo trato de hacerlo lo mejor posible, aunque sea consciente de que todavía tengo mucho que mejorar y me quede mucho camino por recorrer. Creo, además, que es precisamente sólo por Él el que hoy pueda contemplarme en el espejo con unas mínimas sensaciones de paz y sosiego. Lo cual, estoy convencido, tiene mucho que ver con el hecho de poder respetarme a mí mismo, de haber aprendido a perdonarme, a convivir con mi pasado y, sobre todo, a quererme un poquito. A quererme, sí, pero también a creerme. Y es que, para mí, la felicidad, de representar algo remotamente tangible, viene a ser algo así como la esperanza que supone el saber que, aunque no la merezcamos, Él siempre nos concede una segunda oportunidad, la cual suele acabar por robarle el ordinal a cada una de sus sucesivas e inagotables muestras.

A tenor de lo dicho, es posible que penséis entonces que, de algún modo, mi vida sí que es —o ha sido— importante, o cuando menos merecedora de ser contada. Lo único que puedo deciros es que es la única que tengo y que me es imposible garantizar nada a este respecto. Simplemente me dispongo a contárosla, y tendréis que ser vosotros los que habréis de decidir sobre esta materia, por lo que me disculpo ya de antemano ante aquellos que consideren que lo único que les ha supuesto la presente lectura es una lamentable pérdida de tiempo.

Como consecuencia de lo que a continuación vais a leer, muchos de vosotros podréis pensar que yo debería estar, o

bien pudriéndome en la cárcel para pagar y penar por lo que hice, muerto, o incluso —en consonancia con mi propio credo justiciero— consumiéndome en las llamas del Infierno. No os lo reprocharé. Con frecuencia, yo mismo tiendo a pensar que eso es lo que habría sido más equitativo.

Sin embargo, a estas personas les diré también que, volviendo la mirada al pasado, vislumbro por momentos esos posibles destinos como una especie de lenitivo para el remordimiento que casi siempre va ligado indisolublemente al ejercicio de mi memoria en libertad. En consecuencia, la suerte de rememoración retrospectiva que me dispongo a acometer con este libro, creedme si os digo que se me aparecerá la mayoría de las veces como el más grande de los castigos. Además, ante esa clase de jueces, sólo me resta decir que no puedo cambiar ni borrar mi pasado, el cual tampoco pretenderé justificar ni ocultar. Pero sí les puedo asegurar que haré todo lo posible para que sus rescoldos palidezcan ante los frutos que desgrane mi presente, y la esperanza que confío siempre abrigue mi futuro.

Aunque me lo sugirieron anteriormente en varias ocasiones, hasta ahora nunca me planteé la posibilidad de realizar el ejercicio testimonial que me dispongo a llevar a cabo. Si no lo hice en su momento no fue porque pretendiera enterrar mi pasado para convencerme de que jamás existió. Siempre he creído que al morir somos tan sólo nuestro pasado, lo que fuimos, y la muerte es uno de los momentos más bonitos e importantes de la vida, valga la paradoja. Representa para mí el comienzo de otra, la verdadera, la cual, sin embargo, nunca dejará de estar en deuda con su predecesora.

No obstante, siempre pensé que la mayoría de la gente que se acercó a mí para hacerme determinadas propuestas de índole periodística o similar lo hacía con un interés únicamente mercantil y especulativo. Soy consciente de lo impactante y singular que resulta mi trayectoria, y de la enorme y turbadora anchura de su arco vital. Pero ante ciertas personas —a riesgo de equivocarme— nunca pude dejar de tener la sensa-

ción de representar algo así como el extravagante mono de feria que colma los más bajos apetitos de una sociedad aburrida y ávida de novedosa y chorreante carnaza.

Cuando conocí al escritor de este libro, mis impresiones no habían cambiado demasiado al respecto. De hecho, fue él quien decidió por su cuenta y riesgo visitarme en repetidas ocasiones, pues sostenía que era necesario separar claramente la figura del autor de la del escritor de esta obra. Consideraba que en este caso lo más importante era que la historia, los hechos, las sensaciones, las impresiones y las motivaciones que originaron mis decisiones fueran los protagonistas absolutos de la narración, y que, en consecuencia, ésta ganaría en transparencia, fuerza testimonial y veracidad, si es que finalmente se abordaba en primera persona. Lo único que puedo decir al respecto es que esta forma literaria de afrontar el proyecto se me antoja la más adecuada. No quiero que parezca que pretendo eludir mi responsabilidad ante lo que fui y lo que hice, pero tampoco, por contra, ante lo que soy hoy en día, lo que hago y lo que todavía ansío poder hacer en el futuro.

Lo cierto es que no conozco en puridad el motivo por el que accedí a relatarle mi historia a este escritor, un don nadie en el mundo editorial, según sus propias palabras. Supongo que a lo sumo hubo buena «química» entre nosotros, o ese «algo» favorable al que llamamos de esa forma tan residual, sencillamente porque no sabemos cómo expresarlo de otro modo más eficiente o certero.

¿Podría decir que me avine sencillamente porque me cayera bien? Se me antoja bastante difícil certificar algo semejante sin dejar espacio para la duda. He de admitir incluso que, en caso de que esto no fuera cierto en absoluto, de cara al afectado sería bastante incómodo de reconocer para mí a estas alturas.

No, lo más probable es que la razón de mi aceptación haya sido que en realidad yo no le conté nada al «escritor», quien, por otro lado, me reveló abiertamente que era agnóstico el

primer día que le conocí. Intuyo vagamente que tampoco él escuchó nada que le dijera el ex skinhead de pasado violento y salvaje que se convierte y se ordena sacerdote. Sí, esto me parece que va cobrando algo de sentido. Lo más probable es que tan sólo le hablara de mí, del simple hombre, de una persona de carne y hueso que se abre a otra semejante, a otra nimia e insignificante persona, y que ambas, desnudando con honestidad el fondo de sus corazones y dejando de lado las etiquetas con las que su entorno social las ha «bautizado» (probablemente para poder sentirse así un poquito más seguro consigo mismo), han tratado de explicarse mutuamente el germen y los confines de sus miedos, sus inseguridades, sus carencias, sus debilidades, sus anhelos, sus satisfacciones, sus logros y sus fracasos. O lo que es lo mismo, aquello que les permite ser optimistas y alegres, en contraposición a eso otro que les sume en la tristeza, la duda y la pertinaz melancolía.

Así, a pesar del enorme lamento que supondrá para mí el tener que remover y rescatar los episodios más trágicos e infaustos de mi vida —y probablemente de las de algunos de mis seres más queridos—, considero que la empresa habrá merecido sobradamente la pena, si de este modo consigo que algún lector se sienta identificado con parte de las experiencias que los marcaron y motivaron. Con ello no digo, ni mucho menos, que mi vida haya de constituir un ejemplo para nadie —nada más lejos de mis intenciones—, puesto que dista mucho de parecerse a la de un santo o un beato. Sin embargo, sí estimo que la lenta y progresiva transformación que se operó en mi ánimo durante su transcurso puede semejar un pequeño asidero al que agarrarse para aquellas personas que, de un modo u otro, se hayan visto sumidas en algún periplo de sus vidas en la más negra y densa de las oscuridades.

Me hago eco de que muchos impenitentes incrédulos verán este libro como un simple ejercicio propagandístico en aras de favorecer los parciales «intereses» político-económi-

cos de la institución a la que hoy en día debo obediencia. A este respecto, poco puedo hacer. Lo único que se me ocurriría decirles es que tienen todo el derecho del mundo a pensar lo que quieran, derecho que, en mi humilde opinión, rara vez suelen ejercer al ser tan sólo capaces de pensar lo que «pueden». Y es por ello por lo que me gustaría dejar bien claro que, a pesar de que muchas veces me referiré a Dios, Nuestro Señor Jesucristo, como «Él», para nada quiero destinar este libro en exclusividad a los practicantes de una determinada confesión religiosa. Es obvio que «Él», para mí, tiene una significación y una amplitud que muy difícilmente podré hacer *aprehender* a una persona no creyente. Pero quiero intentar hacerle ver también que es como si un artista pretendiera hablar de su vida en profundidad sin mencionar para nada lo concerniente a su arte, que nunca podrá dejar de ser el tronco vertebrador de su vida. Pues bien, para mí «Él» es mi suerte de arte, mi sentido, mi destino y a quien debo el más breve y exiguo de mis hálitos de vida. Espero que, incluso en su más que respetable discrepancia, los más escépticos entiendan esto de alguna forma una vez hayan terminado el libro.

De este modo, como apuntaba, es mi más sincera intención dirigirme a todo tipo de personas, sin motivo alguno de exclusión. Podrán ser agnósticas (como el propio escritor de este libro), ateas, fervorosas creyentes, practicantes de cualquier religión, indolentes a este respecto por cualquier causa, y de cualquier orientación sexual e ideología o afinidad política. Es decir, me dirijo a TODOS vosotros. Y considero que puedo decirlo de un modo tan ufano y taxativo sencillamente porque en último término este libro tiene por destinatario a cualquier persona que, alguna vez en su vida, haya experimentado ese eterno y omnipresente sentimiento que el ser humano denomina comúnmente soledad.

Y ahí sí que sí, querido lector —aunque sea *parafraseándolo-LE*—, el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra.

Por otra parte, este libro, muy por encima de cualquier otra consideración, está dirigido a los jóvenes y a los padres

incansables y abnegados que —como hicieron los míos— perseveran hasta lo imposible, sintiéndose incapaces de aceptar la pérdida de un hijo en cualquiera de sus posibles manifestaciones. Si hay alguien de este mundo a quien me gustaría poder dedicárselo, es precisamente a ellos, mis padres, personas infatigables y maravillosas sin las cuales nada en mi vida —en el sentido más extensivo y literal del término— habría sido posible.

En fin, estimado lector, si no perteneces a una de esas gentes prejuiciosamente anticlericales que piensan que un sacerdote es tan sólo un individuo hipócrita y mojigato carente del más mínimo sentido del raciocinio y de la solidaridad despolitizada, y que se entretiene masturbándose en la oscuridad de los muros de un cenobio para poder incrementar mientras tanto la opresión que su «corrupta y farisea» Santa Madre Iglesia Católica ejerce sobre los pobres y los más desafortunados de la gleba, te animo a que pases a las siguientes páginas. Y si eres una de ellas, también te exhorto a que lo hagas, sólo que, en este caso, con mucha más razón y convicción.

Marx negaba la existencia de Dios alegando, entre otras cosas, que Éste era «el opio del pueblo». Creer en la existencia de Dios es obviamente un acto de fe (si bien una fe apoyada en la razón que Dios otorgó al hombre). Sin embargo, yo iría mucho más allá: quiero afirmar con rotundidad que Dios, a efectos prácticos, existe sólo por el hecho incontestable de que existe su posibilidad. Además, con humildad y comedimiento de espíritu sinceros, no tengo más remedio que gritar que yo soy la más viva prueba de esa insondable presencia.

Por decirlo de otro modo, yo personalmente le replicaría al bueno de Marx que, si Dios es el opio del pueblo y su Iglesia tan sólo un ramplón fumadero, le doy la más calurosa de las bienvenidas para que pase, se ponga cómodo, y dé unas cuantas caladas. En lo que a mi experiencia se refiere, luego uno se siente la mar de relajado.

Y si no me creen, pasen..., pasen y lean.



SOBRE LOS NOMBRES PROPIOS Y LA INFANCIA

Antes de nada, he de advertir que, de la misma forma que no puedo daros mi nombre, me inventaré a su vez el de aquellas personas con las que me he relacionado a lo largo de mi vida. Fundamentalmente por cuestiones de respeto y seguridad para con ellos.

Puestos a hablar de mi niñez, no me queda más remedio que sumarme a tantas otras personas para las que dicha etapa también fue, sin lugar a dudas, la más feliz de sus vidas.

Y es muy razonable pensar que esto sea así porque, estrictamente, no voy a poder «contar» mi infancia. Me refiero a que conservo una memoria algo difusa y dispersa, pero sobre todo muy selectiva y caprichosa. Imagino que esto se puede deber, por lo menos en buena medida, a que soy incapaz de «describirla», aunque fuera tan sólo de forma somera. Porque, como diría García Márquez, la vida no es la que fue sino la que se recuerda.

La mayoría de las veces que he tratado de añadir detalles «objetivos» a mis evocaciones infantiles, me encuentro con que el conjunto, visto desde la distancia, es demasiado perfecto como para corromperlo con vagos y seguramente «comprometedores» accidentes. Supongo que, como a casi todo el mundo, buena parte de mi historia empezó a gestarse antes de que yo naciera. Mi hermana mayor, de la que no guardo recuerdo alguno, murió con seis años cuando yo apenas contaba uno. Supongo que por aquellos días...

¡¡Basta!!



LA REBELIÓN DEL ESCRITOR

Les habla el escritor. Lo siento, pero no puedo continuar de este modo. Sencillamente no me parece justo ni honesto por mi parte. Me temo que plantear el libro en primera persona, tal cual, como si yo fuera el propio sacerdote, no tiene mucho sentido si no se hacen ustedes primero una idea de cómo se fraguó toda esta historia. Considero importante que conozcan los motivos que me empujaron a escribir sobre todo ello.

De otro modo, quizá muchos de ustedes se formaran una idea equivocada. Tanto de la figura de su protagonista como de sus intenciones a la hora de divulgar su testimonio. Siempre he creído que el medio o canal por el que se emite un mensaje influye enormemente en su contenido y en la forma en que su destinatario lo interioriza.

Es posible que muchos de ustedes consideren que divago y me estoy yendo por las ramas. De acuerdo. Pero créanme si les digo que es poco probable que piensen lo mismo si me soportan hasta el final. No puedo exigirle a ninguno de ustedes que me dé todo el tiempo que requerirán para terminar el libro. Pero tampoco pienso suplicarles. Y, desde luego, no por exceso de soberbia, sino porque considero que, en el fondo, esto no sería más que un burdo chantage psicológico. Tan sólo puedo sugerírselo con cordialidad. Es decir, exhortarles a ello. Como mucho, animarles a que confíen. Si así lo hago, es porque sólo de esta manera sabrán si mi petición ha estado plenamente justificada.

Dicho esto, antes de presentar al sacerdote en cuestión, permítanme que haga lo mismo con quien consideró que su historia merecía la pena ser relatada. Además, precisamente por decidir hacerlo, dudo mucho que hoy en día esa persona sea la misma que era por entonces. Permítanme que un servidor les cuente cómo se desarrollaron los acontecimientos.

En el coche de Alberto

Es más que probable que si aquel viernes de mayo no hubiera habido una retención en la carretera de Burgos de tres pares de demonios, yo no hubiera escrito este libro. Para colmo, llovía a mares.

Tenía una resaca proporcional a la densidad del tráfico reinante, y me encontraba acurrucado (por no decir hecho un guiñapo) en el asiento trasero del coche de mi amigo Alberto.

Su mujer, María, del tipo dulce y conciliador, ocupaba el asiento del copiloto. Creo recordar que por entonces estaba embarazada. Alberto y María forman la pareja perfecta contemporánea en el sentido más publicitario del término. Ambos son jóvenes pero mentalmente maduros. Además, son guapos al modo clásico y poco voluptuoso. Es decir, atléticos sin llegar a la excesiva dilatación muscular. Optimistas, pero sin llegar a lo naif, son a su vez prudentes pero con personalidad, inteligentes sin pasarse de listos, trabajadores a velocidad de crucero, y profesionales de éxito, si bien son capaces de dosificar los ímpetus de sus ambiciones cuando la circunstancia lo amerita.

Todo esto no quita para que de vez en cuando monten algún que otro «pollo» conyugal en público. Los motivos, como no podía ser de otro modo, casi siempre van ligados a la excesiva elocuencia de sus respectivas suegras. Sin embargo, como era de esperar entre personas que responden a este patrón, si el origen del desencuentro es de índole económica, tienen la delicadeza de no discutirlo nunca en presencia de terceros.

En esta misma línea y continuando con el proceso natural de los

acontecimientos, son muy pudorosos en sus reconciliaciones ulteriores. Permiten así que los solteros estructurales y de largo alcance como yo no se sientan excesivamente solos y desgraciados en caso de verse obligados a presenciarlas en primer plano.

Les pongo en situación, porque toda esta historia surgió de un silencio que compartí con ellos.

Se podría decir que el silencio entre los viajeros de un coche en movimiento es mucho menos impúdico que cuando éste se encuentra parado. En la misma línea, se vuelve absolutamente insoportable si, además, llueve de forma torrencial.

Reconozcámoslo, para poder callar con sosiego de espíritu no basta con viajar con gente de probada confianza. Requerimos algo mucho más profundo y apaciguador. Se urge, de hecho, tanta confianza que ésta pasa a denominarse de otro modo. Lo que la situación demanda entonces es una absoluta «complicidad».

Para acabar de enmarcar el cuadro escénico, les expondré a continuación mi estado de ánimo de aquel día. No sé a qué hora había regresado a casa la noche anterior. Una noche más viejo, dos ojeras más feo, quince copazos más etílicamente dependiente, ciento cincuenta euros más pobre, un millón de neuronas más tonto, e infinitos «me resultas nauseabundo» menos seguro de mis métodos de flirteo, me encontraba tiritando sobre un asiento trasero de piel sintética. Iba hecho un ovillo, somnoliento y derrotado. Para mayor desgracia, me daba coscorriones intermitentes contra la luna trasera derecha del Audi 3 mostaza de mi amigo.

Estaba a punto de intentar dormirme cuando noté cómo el vehículo empezaba a ralentizar la marcha. De pronto, tras un súbito frenazo, salí disparado hacia delante. Me pegué un trompazo contra el asiento de María e hice una mueca de desagrado. Después comprobé si mis dientes seguían en su sitio o habían servido de teselas para conformar un mosaico marfileño sobre el asiento delantero. Luego me incorporé y alcé la cabeza en zigzag, como si fuera una cobra saliendo por la escotilla de un submarino.

Me asomé entre los dos asientos delanteros, pero Alberto estaba demasiado colérico como para reparar en mis desperfectos.

Dejó caer los brazos a plomo sobre el volante. Luego apretó los labios para hacer supurar espumilla de sus comisuras, y empezó a negar con la cabeza a ritmo creciente. No tardó en dejarse de sutilezas.

—Pero ¡habéis visto al calzonazos ese! Hace falta ser cretino, que la carretera no es tuya. ¡Incompetente, necio, cómo se puede ser tan mentecato! —exclamó Alberto con empaque.

Después, en un cambio de registro que ni un Laurence Olivier en estado de gracia habría superado, Alberto giró la cabeza, dejó caer su mano sobre la abultada panza de María, y le sonrió con ternura.

—¿Qué tal van mi príncipe —la criatura iba a ser niño— y mi princesita?

—Muy bien, cariño, pero no hace falta ponerse así. No ha sido para tanto. ¡Hay que ver qué modales!

—Desde luego, vida mía, cada día me admiras más. Eres inalterable. De haber estado en las Torres Gemelas durante el atentado, estoy convencido de que todavía seguirías esperando el ascensor.

—¡Ay, por Dios, Alberto! Cuando te haces el gracioso de esa forma te vuelves insoportable —le espetó María, dejando claro con la mirada que «insoportable», en el contexto descrito y descodificándolo a través de las claves traductorales conyugales oportunas, significaba algo así como «cada día me pones más, pichurri».

A continuación, Alberto bebió un trago de su agua hipermineralizada y empezó a tabalear sobre el volante con las palmas de las manos. De paso se puso a silbar una pegadiza melodía.

En cuanto a María, de alguna forma Alberto había dejado claro que ella estaba fuera del contencioso que nos ocupaba. De manera tácita, me había hecho saber que la cuestión relativa a la tensión ambiental únicamente nos afectaba a los viajeros varones. Se ve que ellos dos, haciendo buen uso de sus votos matrimoniales, estaban más que acostumbrados a compartir abundancia de kilómetros en el más plácido de los silencios. Yo era el intruso. Una especie de advenedizo y fastidioso desestabilizador marital.

Así las cosas, llevábamos unos cinco minutos sin avanzar un solo metro. La lluvia golpeaba con tal fuerza los cristales, que ha-

bría resultado difícil oír con nitidez cualquier otro sonido. Ajeno a dicha circunstancia, Alberto, muy lentamente y con la amenaza reflejada en su sombrío semblante, giró la cabeza hacia atrás. Como a través de una suerte de sinestesia, sentí indefenso cómo sus ojos se clavaban en mí. Implacable, Alberto sostuvo su mirada. No le importó un carajo que yo me estuviera haciendo el dormido con sobradas convicción y solvencia.

—Asís, tú que escribes y esas cosas, esto igual te interesa. No te conté lo del cura skinhead, ¿verdad?

Ni que decir tiene que nunca me había contado nada a ese respecto.

Decidí dejar de hacerme el dormido y responder de inmediato.

—¡Joder, muy fuerte, tío, muy fuerte, de lo más cañero que he oído en toda mi vida! Cada vez que pienso en ello, se me pone la carne de gallina. Es de esos episodios sobre los que uno prefiere no volver demasiado. A veces pasar página es lo más acertado.

Estarán conmigo en que fue todo un acierto no decir de forma explícita que ya me lo había contado. De esta forma pasaba directamente a confirmarle también —como de pasada— la honda impresión que dicha historia me había causado en el pasado. Es decir, no sólo le estaba dejando claro que ya la había escuchado en su día, también le remarcaba que no tenía la más mínima intención de hacer sobremesa o una mesa redonda acerca de cualquier fleco o comentario que pudiera habernos quedado pendiente. Para evitar las imprevisibles consecuencias de un fugaz encontronazo visual, no me arriesgué siquiera a entornar los ojos para contestar.

Con lo que no contaba era con lo que se fraguó después en mi cabeza. Qué vida es ésa, pensé, qué demonios tiene que suceder para que algo empuje a ser a una misma persona skin y sacerdote, aunque sea de forma consecutiva.

No sabía cómo me saldría la jugada. Aun así, me temo que el impulso fundado en la curiosidad es el más incontenible de todos los impulsos. En cualquier caso, tenía que conseguir disimular de alguna forma la farsa anterior. Intenté dar la sensación de que mi confusión tenía su origen en un simple malentendido. Como po-

drán comprobar a continuación, el intento en cuestión fue de lo más desafortunado.

—Alberto.

—¿Sí?

—He estado dándole vueltas al asunto. Desde luego que me contaste algo. Eso sí, hace tanto que ya apenas me acuerdo. Me suena que era acerca de un cura esquizofrénico o algo parecido. Porque me da que de ese otro caso del cura skinhead, no me has contado nada.

—Ah, mira qué bien, pues entonces te cuento.

Y me contó.

Lo que le pasó a Alberto en clase

Un par de años antes, Alberto cursaba un máster de gestión empresarial durante los fines de semana en un centro de Madrid.

Uno de sus profesores invitó a los alumnos a que escucharan durante unos minutos a una persona que, a su juicio, había tenido una peculiar experiencia vital. Según él digna de ser contada. Les emplazó a ello para la clase del día siguiente, pero les advirtió a su vez de que se trataba de algo voluntario y ajeno al plan de estudios. Podían abandonar el aula en el momento que quisieran.

Se presentó un joven de unos treinta años. Vestía de un modo sencillo. Su aspecto era de lo más normal desde la acepción más mundana e intuitiva del término. Explicó amablemente, entre tímido y nervioso, que se iba a ordenar sacerdote un par de semanas más tarde. Muchos de los alumnos se sintieron entonces quizá algo «engañados» o, por lo menos, un poco decepcionados.

El centro del que hablo es una institución con una marcada orientación religiosa, por lo que imagino que muchos pensaron que se les estaba intentando «lavar el cerebro» destinando parte del tiempo de docencia a unos fines particulares, discutibles y sesgados por un mero interés proselitista. No puedo atestiguarlo, pero también imagino que muchos se sintieron entonces tentados de

abandonar el aula y adelantar la hora de la comida. Y tampoco puedo aseverar esto con certeza, pero estoy bastante convencido de que la mayoría de los asistentes se habría arrepentido de haberlo hecho.

En medio de un creciente estupor, el joven empezó a contar que, en un pasado no tan lejano, había pertenecido al movimiento *skinhead* adscrito a la ultraderecha más radical. Confesó que incluso había llegado a convertirse en uno de sus principales cabecillas. A partir de ahí la charla tuvo un discurrir muy informal, interactivo y emocionante. Casi todos los oyentes quedaron estupefactos. Algunos de ellos estaban al borde de las lágrimas. Otros se echaron a llorar. Se soltaron poco a poco y empezaron a hacer preguntas de toda índole. El futuro sacerdote describió con la consabida emoción en algunos casos, y lleno de espanto y dolor en muchos otros, episodios de todo pelaje en los que se mezclaban la sangre, el odio y la violencia, con una incipiente soledad y un corrosivo remordimiento.

La charla se prolongó bastante más de lo previsto. Sospecho que ninguno tuvo la oportunidad de comer, o por lo menos no lo hizo a una hora medianamente razonable.

Mientras María dormía, Alberto y yo hablamos del tema durante casi todo el viaje. En seguida sentí unas enormes ganas de conocer la historia de primera mano, de fusilar al sacerdote (obviamente en términos metafóricos) a base de preguntas.

Me parecía una historia que atesoraba un potencial narrativo de dimensiones fabulosas. Remarco «narrativo» porque sus posibilidades iban mucho más allá de lo estrictamente dramático. Y es que, como pude comprobar, en dicha historia tenían cabida todo tipo de sentimientos y emociones. Muchos de ellos aparentemente opuestos o contradictorios, porque, como verán, el personaje en cuestión tenía —y tiene— un muy particular y ácido sentido del humor.

Una reflexión sobre el hecho de escribir

Aunque sea cierto que escribo de vez en cuando, no me considero un escritor. A través de la literatura no pretendo buscar «la verdad». Puede que mi propósito al escribir sea simple y llanamente que algún lector pase un buen rato mientras lee. A mi entender, eso ya supone haberle cambiado el mundo. «Su» mundo. Aunque sólo sea durante un ratito.

Ni la historia que voy a narrarles pertenece a un personaje público, ni yo lo soy, por lo que creo que es importante delimitar bien el marco de encuadre del trabajo. Siempre he pensado que hay demasiados biógrafos que ya han caído rendidos a los pies de su biografiado antes de escribir una sola línea. Esos relamidos ejercicios de autocomplacencia camuflada siempre me han parecido de lo más estériles, cutres, anodinos y previsibles.

Me refiero a que ni soy muy versado en hagiografía, ni va con mi personalidad hacer una especie de exégesis de las tribulaciones de la vida del protagonista. A la hora de acercarme a esta persona no he intentado revestir mi visión con un halo de sobrenaturalidad o de devoción impostada.

Hacia el primer encuentro con el sacerdote

La verdad es que no sabía muy bien qué hacía subido en ese autobús. Llevaba ya una hora de viaje y no paraba de decirme que lo que estaba haciendo rayaba en el absurdo. Habían pasado dos meses desde que me decidiera a intentar localizar al sacerdote. A pesar de que al principio este intento no se me había dado tan mal, después todo se había difuminado poco a poco. Era como si hubiera ido perdiendo fuelle.

Alberto me acompañó a ver al profesor a través del cual había conocido al cura, y aquél nos recibió en su despacho con gran amabilidad. Charlamos un buen rato sobre la situación económica vi-

gente, sobre los viejos amigos de la promoción de Alberto y cosas por el estilo. De alguna forma, todos parecíamos querer dilatar el momento de tocar el verdadero motivo de la visita. Más que nada porque tampoco había mucho que decir y la reunión habría resultado un tanto injustificada. O, por lo menos, desproporcionada a sus propósitos.

Cuando le conté el motivo de nuestra visita, al profesor pareció no disgustarle en absoluto la idea de contactar al sacerdote. Consideró razonable intentar convencerle de que se aviniera a dar testimonio de su historia. Incluso me animó a hacerlo. Sin embargo, nos dijo que sólo le conocía de aquella vez en que le invitó para que hablara ante su clase. Habían pasado ya más de dos años, y no había vuelto a verle o a saber de él. Lo único que me podía facilitar era el número de teléfono móvil.

Finalmente, me deseó mucha suerte en mi empresa y nos despedimos de una manera cordial. En cualquier caso, me exhortó a que le mantuviera al corriente respecto a mis pesquisas, y me animó a que le llamara si necesitaba algo.

Estuve más de un mes llamando a ese número sin obtener ningún resultado. La mayoría de las veces saltaba directamente el contestador. Las menos, lo hacía a la de unos cuantos pitidos. Le había dejado varios mensajes de voz e incluso alguno escrito. Hasta que un día me decidí a llamar al profesor de Alberto para informarle sobre mis infructuosos intentos. Para mi sorpresa, me abrió una ventana a la esperanza. Me dijo que al preguntar por esa persona a otro sacerdote, éste le había comentado que le habían destinado a una nueva parroquia en un pueblo pequeño. Me dio el nombre del lugar y nos despedimos. A través de Internet di con una página con información referente a casi todas las parroquias del país. Conseguí un número de teléfono, pero tampoco obtuve respuesta.

Cuando estaba a punto de tirar la toalla, insistí una vez más. Me cogió el teléfono una señora. Me informó de que, si quería hablar con el párroco del pueblo, tenía que llamar los viernes entre las seis y las siete de la tarde.

Llamé ese mismo viernes. Me respondió un hombre que, a tenor

de su timbre de su voz, debía de ser bastante joven. Aunque no se trataba del sacerdote al que buscaba, cuando le di el nombre, me dijo que le conocía perfectamente. Habían sido compañeros de seminario tiempo atrás, justo antes de su ordenación. Incluso habían compartido destino parroquial poco después. Me contó que el sacerdote a quien yo buscaba había sido trasladado a otra pequeña población relativamente próxima. Me preguntó para qué quería hablar con él. Le mentí diciéndole que era un viejo amigo del colegio y que quería darle una sorpresa. La verdad es que tampoco sabía del todo si esa persona conocía el pasado del sacerdote en cuestión. Preferí ser precavido por si, al conocer la verdad, se mostraba reticente a ayudarme. Me dio un nuevo número. Le di las gracias y colgué.

Me parecía estar oyendo al mismísimo Elvis Presley cuando, una semana después aproximadamente, logré hablar con el sacerdote por primera vez. Cuando me confirmó que era él y me preguntó qué quería, me quedé ligeramente bloqueado.

Para ponerle en antecedentes sobre mi persona, le hablé de mi amigo Alberto, del profesor del máster, de la famosa charla en la que contó parte de su pasado y de ese tipo de asuntos preliminares. Pero claro, una vez hube finalizado, no tenía mucho más de donde tirar para evitar el meollo de la cuestión. Me pareció del todo inverosímil intentar convencerle de que quería conocerle por abrigar una curiosidad basada solamente en argumentos de índole personal o altruista. Así que, una vez le hube informado sobre mi identidad y dedicación aproximadas, opté por permanecer en silencio. Pensé que, con un exceso de discurso, tenía mucho más que perder. Él se rió un poco ante mi repentino mutismo, lo cual he de reconocer que me alivió bastante. Fue como la manifestación de que no era necesario decirlo todo de un modo explícito. Me dio la impresión de que así me certificaba que no había mucho más que añadir por mi parte.

Después hablo él un rato. Me confirmó que, efectivamente, mucha otra gente ya se le había acercado para explotar y airear el

asunto, mediante la obtención de una buena exclusiva o primicia. Me hice el ofendido con bastante infortunio. Traté de barnizar mis intenciones con un halo de filantropía, bonhomía e inocencia y le aseguré que no era periodista. A pesar de que era cierto que lo que a mí me interesaba era lo alucinante de la historia, mucho más que el sensacionalismo con el que pudiera tratarse o la concreción de sus detalles más escabrosos, supongo que para él éramos todos de igual calaña y buscábamos lo mismo.

Como protocolaria conclusión de primeros auxilios, me sugirió que le diera un número de teléfono de contacto. Dijo que me llamaría en el futuro. No obstante, también me recalcó que no tenía ninguna intención de adquirir algo parecido a la notoriedad mediática. Además, puntualizó, era lógico que necesitara un tiempo prudencial para pensárselo por tratarse de un tema muy delicado para él, acarreador de importantes consecuencias en todos los aspectos. En fin, nada nuevo. Me solidaricé con él todo lo que pude, e hice hincapié en que en absoluto era ajeno a dicha circunstancia.

Cuando colgamos, me quedé pensativo un buen rato. Sonriéndome para mis adentros me dije que, como toma de contacto, no había ido tan mal. Por lo menos había tomado nota de mi número y no me había dado un no definitivo por respuesta. Esto último era lo que más temía, y por el momento había logrado evitarlo.

Le llamé de nuevo cuando hubo pasado un tiempo prudencial, pero el cura no volvió a dar señales de vida. Como patético plan de acción, le espolvoreé en el móvil sucesivos mensajes de voz en distintos tonos, actitudes e intensidades. Supongo que pretendía convencerme de que, si probaba opciones de aproximación alternativas, e incluso antagónicas, se me abrirían nuevas posibilidades de éxito.

Como ninguno de los mensajes hizo su efecto, decidí presentarme personalmente en la parroquia sin cita previa. Acto seguido miré en Internet la forma más cómoda de llegar al pueblo en cuestión. A pesar de que no era tan pequeño, no había oído hablar de él

en mi vida. Tenía unas cuantas decenas de miles de habitantes. «Pues sí que está alejado del bullicio el colega», pensé. Como no tengo coche, el único modo de llegar era utilizar un autobús de cercanías.

El primer encuentro

El viaje en autobús se me hizo bastante largo. A las dos horas de trayecto aproximadamente, bajé en mi parada. Estaba bastante aislada, y señalada por una especie de tótem naranja que para nada cuadraba con el adusto aspecto del lugar. Empecé a caminar hasta que llegué a la plaza central. A pesar de que todo el vecindario parecía estar concentrado en ese espacio, se respiraba tranquilidad en el ambiente. Poblaban la escena multitud de perfiles de gente: pacientes ancianos oscilando sobre sus bastones, algunas parejas jóvenes, febriles grupos de adolescentes vocingleros, e incluso familias al completo que desviaban intermitentemente la atención hacia los carritos de sus bebés.

Entré en un bar y pregunté a uno de los camareros por el párroco del pueblo. Me dijo que la misa era a las siete y que hasta entonces lo más probable era que estuviera descansando en su casa. Me indicó cómo encontrarla y nos despedimos.

Diminuta y de piedra, ésta estaba unida a la parroquia como si fuera una especie de apéndice. Me acerqué a la puerta y toqué el timbre en repetidas ocasiones. Como nadie me abrió, decidí darme una vuelta por los alrededores para hacer tiempo. Volví a preguntar a unos cuantos viandantes sobre el posible paradero del sacerdote. Se disculparon, barruntando que, si no estaba en su casa, lo más probable es que se hubiera ido a dar un paseo por el monte. Deduje, quizá precipitadamente, que debía de ser alguien bastante activo y deportista. Inconscientemente, ya me iba formando una imagen de él que, a día de hoy, sigo sin saber si guarda algún parecido con la que descubrí muy poco después.

Tras recorrer el pueblo sin mayores incidencias, me senté en

una de las terrazas de la plaza. Pedí una cerveza y estuve leyendo un buen rato. Precisamente una novela acerca de un sacerdote al que se juzga por introducir droga en la cárcel para un recluso al que acompaña en su penar. Pensé en eso de que la ley de los hombres nada tiene que ver con la de Dios. Sobre todo la de aquellos que no creen en Él. Consideré que, dada la situación, no me convenía ponerme a juzgar a Dios durante mi espera. Así que cerré el libro y me puse los cascos para oír algo de música.

Cuando miré el reloj, ya eran más de las siete. Así que pagué mi consumición y me encaminé a la iglesia. Con paso algo vacilante, atravesé el atrio y las dos puertas de entrada. Luego me dirigí a la pila para humedecer mis dedos en el agua bendita. Más por inercia que por devoción, puesto que hacía mucho tiempo que no pisaba una iglesia. Sin estar ni mucho menos abarrotada, presentaba una concurrencia más que aceptable. Miré hacia el púlpito.

Ataviado con las reglamentarias casulla y estola, un hombre bien conservado de unos treinta años se dirigía a sus parroquianos con los brazos ligeramente abiertos. Empleaba un tono firme y pausado, pero un poco atiplado. Me llamó la atención lo cristalina que resultaba su prosodia, con infinidad de matices e inflexiones. Moreno y de pelo corto, era más bajito de lo que me esperaba, aunque bastante corpulento. Muy ancho de espaldas, parecía muy compacto. Bien cohesionado consigo mismo. Lucía una cuidada perilla y su rostro resultaba anguloso y equilibrado. Tenía labios finos, ojos pequeños y una frente amplia y despejada. En general, sus facciones me incitaban a pensar, no sé por qué, en algo parecido a la «transparencia».

Recuerdo con nitidez que me sorprendió que acabara la misa dirigiéndose a la audiencia con una gran sonrisa, y algo así como un latiguillo marca de la casa. Una frase hecha que llevaba su propio sello. Dijo algo parecido a «y dejadle hacer al Señor; veréis cómo os sorprenderá». Y después se metió en la sacristía. Yo no sabía si aguardar a que saliera o ser yo el que diera el primer paso. Supongo que me entró algo parecido a la ansiedad, porque de repente me incorporé como un resorte, me dirigí apresurado a la puerta y la

golpeé con los nudillos. Como no contestaba nadie, entorné la puerta y asomé la cabeza. El sacerdote se giró y me vio. Me sonrió con una mueca y me hizo un gesto con la mano para que entrara.

Me mantuve expectante a un par de metros porque él estaba atendiendo a una señora mayor. El sacerdote la escuchaba con atención y gesto conciliador. Al cabo de unos minutos se despidieron. La mujer se cruzó conmigo en el umbral de la puerta. Me sonrió con dulzura, como si me animara a pasar y me deseara suerte con mi requerimiento. El sacerdote vestía ya de camisa y pantalón negros, aunque todavía no se había puesto el alzacuello. Nos acercamos y nos dimos la mano.

—Hola, m... m... me llamo... —balbucí hasta alcanzar el límite de la idiocia—. Soy el que te llamó hace unas semanas. Es por lo de... Bueno, no sé si te acuerdas.

—Menudo nombre más largo y extraño tienes —me endilgó con sorna.

—No, ya. Así. Me llamo Así.

—Ya, ya. Era broma, ya me acuerdo de ti. Perdóname, pero es que en mi rutina tengo pocas ocasiones de poner en práctica los chistes malos que se me van ocurriendo.

—No, si te entiendo. Además, he sido yo el torpe. La broma no ha estado mal —le mentí con una sonrisa piadosa—. ¿Qué tal?

—Pues yo muy bien. ¿Y tú?

—Yo..., yo también. —Empezábamos bien. Al paso que iba me veía preguntándole por el tipo de alzacuello que le resultaba menos áspero y asfixiante en verano—. No conocía esta zona, la verdad es que durante el viaje he estado admirando las vistas. El paisaje es francamente bonito.

Como no espabilara, el hombre iba a pensar que era un tertuliano asiduo a cualquier programa matinal de televisión, además de un cursi redomado.

—Te sorprenderá verme por aquí —acerté a decir—. Pensé que, aunque no me has llamado ni hemos vuelto a hablar desde hace tiempo, estaría bien conocerte... Independientemente de cualquier otro asunto.

—Bien, me parece muy bien. Tengo confesiones a las ocho, así que, hasta entonces, podemos charlar. Con mucha paz —me dijo ofreciéndome una silla.

Nos sentamos frente a frente. Sin mesa de por medio.

—Pues, como te decía, yo escribo de vez en cuando. Y la verdad es que tu historia me parece alucinante. Es tan... increíble —dije sin convicción y de modo redundante.

Todo eso ya lo sabía él de sobra. De hecho, lo habíamos hablado por teléfono. Así que se lo puse en bandeja para que me relevara en el discurso.

—Ya. Pero antes que nada, tengo una pequeña duda... No sé si serás tú también de esos periodistas que piensan que me hice sacerdote para que la masturbación me resultara más placentera, gracias al morbo adicional que dicen que procura lo «prohibido» —me soltó de repente con un tono de voz de lo más neutro.

Su mirada era muy tranquila y sonreía de un modo extraño. Tenía las manos entrelazadas sobre el regazo. Con las piernas cruzadas, hacía columpiar una sobre la otra.

—¿Ccó...? —intenté articular.

—Olvídalo, perdóname. Era broma. No, bueno, era sólo «medio» broma. He tenido alguna propuesta poco estimulante en el pasado a este respecto, y no he podido contenerme. No sé si me entiendes. Te pido disculpas otra vez.

—No, no pasa nada. Te entiendo. Como sabes, me enteré de tu historia a través de un amigo. El hecho de que yo sea agnóstico no quita para que me parezca no sólo increíble, sino también realmente bonita. Y, por qué no, puede que incluso ejemplar. Además, estás de enhorabuena, porque yo soy una especie de escritor al que nadie lee, un cantante al que nadie escucha y un guionista al que nadie produce. Así que, si lo que buscas es que tu historia tenga la menor difusión posible, creo de corazón que soy la persona más indicada para propagarla —le repuse sonriente, como si intentara compensar fallidamente su «broma».

—Soy consciente de que mi historia se escapa de lo habitual. O de lo que solemos entender por «normal». Pero ya la he contado en

muchas ocasiones cuando lo he considerado oportuno. No tengo intención ni necesidad alguna de airearla a los cuatro vientos. Estoy muy tranquilo y feliz con mi vida en esta comunidad. Por eso no le veo sentido a darle mayor importancia de la que tiene. Ya te dije que me han hecho muchas ofertas. Pero me suena todo a cochambre mediática. A circo patibulario. Te dije que me lo pensaría por... Bueno, parecías un tío majo por teléfono y no quería resultar brusco. Te lo dije por deferencia o consideración, no sé. Aunque, en fin, quizá tenía que haberte llamado yo antes. Más que nada para ahorrarte el viaje. Lo siento.

—No, nada de eso, de verdad. Eres tú el que tendría que perdonarme. Esto de presentarme tan de improviso ha sido una completa ida de olla por mi parte.

—Si no pasa nada. Pero es que, además, aquello otro que te dije por teléfono también es muy cierto. Para mí, revolverlo todo con detalle sería bastante delicado, por no decir muy duro. Compréndeme. No quiero que pienses que quiero hacer como si mi pasado no existiera. Te aseguro que, de una forma u otra, pienso en él todos los días. Pero eso es una cosa, y otra muy diferente, no saber pasar página. Revolcarse en la misma mierda todo el rato no tiene ningún sentido. Ahora tengo una misión en la vida, un rumbo al que orientar mis esfuerzos, una labor que llevar a cabo. Y, lo entiendas o no, esta nueva vida me llena por completo. He conseguido por fin que lo que piense la gente me traiga sin cuidado. Y lo digo sin un ápice de soberbia, créeme. Todo el mundo tiene un pasado del que intentar aprender para sacar conclusiones. Y yo lo sigo haciendo todos los días. El mío puede que sea más ruidoso y turbulento que el de la mayoría. O incluso lamentable. Pero es mío, y así quiero que siga siendo. Estoy seguro de que el Señor nunca lo quiso para mí. Por eso le agradezco con toda mi alma que después me haya compensado de un modo tan infinito, que me siga sorprendiendo cada día con un nuevo y precioso regalo —sentenció con determinación.

Se había ido inclinando hacia mí hasta apoyar las manos en las rodillas. Sus ojos brillaban con intensidad. Me sonrió ligeramente. Luego alzó las cejas. Se hizo un silencio extraño. Yo cabeceaba de

forma apenas perceptible, con la boca a medio abrir. Sé por qué dije lo que dije a continuación. Sin embargo, me es bastante embarazoso tener que explicarlo. Dice muy poco de mí como encajador.

—¿Qué..., qué quieres decir?

—No te lo tomes a mal, Así, de verdad. Pero te voy a decir algo que, al no conocernos apenas, puede resultarte algo brusco. Siempre he pensado que la gente que pregunta «qué quieres decir» lo hace generalmente por abrigar la absurda esperanza de que no le hayan dicho lo que efectivamente le han dicho, o de que quien se lo haya dicho se esté arrepintiendo. Pero te lo digo claramente. Me has oído, he dicho sin duda lo que has oído, y no me arrepiento.

—No entiendo... ¿Qué..., qué quieres decir con eso? —le espeté vengativamente.

Luego esgrimí una forzada y cómica mueca de actorzuelo de tres al cuarto. Las cosas me habían quedado tan cristalinas que no pude contenerme. La verdad es que hubo unos instantes inciertos en los que me temí una reacción desairada por su parte. Sin embargo, demostró ser bastante más sagaz y astuto que yo. Me miró unos instantes con aparente incredulidad. No obstante, su expresión cambió en seguida. Haciendo oscilar la cabeza con lentitud, curvó la boca suavemente y masculló algo entre dientes.

—Ya veo que tú también eres de los un poquito cabroncetes...

Se le había hecho tarde y tenía que atender las confesiones. Así que nos dimos la mano y me despidió deseándome mucha suerte. Independientemente de su negativa, me alentó para que le visitara otro día y comiéramos juntos. Le respondí que por supuesto, que estaría encantado. Pero se lo dije del mismo modo en que le habría confesado que no me había afectado, «en absoluto», que hubiera rechazado mi propuesta.

En el autobús de vuelta intenté leer para concentrarme en otra cosa y no darle más vueltas al asunto. Pero como no era capaz de hacerlo, me puse a escuchar música a través de los auriculares. Sonaba una triste canción de Tanita Tikaram. Creo que era *And I think of you*.

Al rato, mi compañero de asiento, un hombre calvo de edad avanzada, me preguntó qué me pasaba. Sorprendido, le contesté que nada. Sin entender por qué me lo había preguntado, me volví para mirar por la ventana y verme reflejado en ella. Tardé un poco en darme cuenta de que, aunque de forma casi imperceptible, estaba llorando. El hecho en sí mismo no me inquietaba demasiado. He de admitir que soy de lágrima fácil. Lo que sí me preocupó bastante más fue que, justo en ese momento, fui plenamente consciente de que lo hacía por una razón que nada tenía que ver con la negativa del sacerdote. Y es que la que surge de la aparente sinrazón es la más descorazonadora de las razones que podrían justificar un sufrimiento.

Una vez terminada la canción, me recompuse un poco. Luego intenté echar una cabezadita.

Viviendo un espejismo

Pocos días después del encuentro con el cura conseguí un trabajo temporal en un restaurante de moda. Uno de esos en los que los camareros parecen sacerdotes sin alzacuello en lo que a uniforme se refiere. Me ocupaba de la barra. Aunque el sueldo era un auténtico agravio contra la declaración universal de los derechos humanos, por lo menos me daba para no tener que mendigar. Ganaba lo justo para pagarme un par de caprichos, además del alquiler.

Por lo que respecta a condiciones térmicas y espaciales, el apartamento en el que vivía hacía que mi rutina se asemejara a la de un pingüino que viviera en un frigorífico apaisado. Electrodoméstico este último, por cierto, cuyo gasto —por razones intuitivamente obvias— también me ahorra. Para que se hagan una idea de la «rasca» que hacía, para congelar el pan no tenía más que dejarlo sobre la encimera.

Además, algunos días cantaba y tocaba en formato acústico —rollo cantautor tope auténtico— en un diminuto garito del centro. Gracias a esta actividad, paradójicamente, conseguía que mi sueldo mensual de mil euros encogiera hasta alcanzar los nove-

cientos. ¿Que cómo es esto posible? Muy sencillo: tenía derecho a un número limitado de consumiciones por noche.

Desvanecidas mis ilusiones con el proyecto del sacerdote, me había puesto a trabajar también en una nueva idea sobre una historia de celos destructivos. Acababa de empezar a escribirla y no sabía muy bien hacia dónde me llevaría. Como me acostaba muy tarde por el trabajo en el restaurante, solía levantarme casi al mediodía. Era entonces cuando se suponía que tenía que ponerme a escribir. A pesar de que ni mucho menos había perdido la esperanza de sacar adelante mis proyectos literarios y cinematográficos, lo cierto es que me costaba mucho cumplir con esa mínima disciplina requerida para poder confiar fundadamente en la posibilidad de su buen término.

Para marcarme una rutina a la que agarrarme, tampoco ayudaba el que sea una persona genuinamente noctámbula. Me resulta muy difícil conciliar el sueño si no he visto primero una o dos películas.

Este horario cambiado hacía que a veces me sintiera un poco aislado. Como si viviera a contracorriente en una burbuja desde la que contemplara la vida de los demás sin poder siquiera llegar a rozarla.

El cáncer: esa cosa que siempre pone las cosas en su sitio

Pero hubo un día a partir del cual nada volvió a ser igual.

Era sábado al mediodía. Estaba tumbado en la cama viendo la tele. Mientras, degustaba una gigantesca bolsa de ganchitos. Creo que se trataba de un programa de variedades, por lo que es más que probable que tuviera una resaca de proporciones monumentales. En mi caso, ambas cosas suelen guardar una parasitaria relación causa-efecto. Hacía tanto frío que tenía que sonarme la nariz constantemente para comprobar que no se formaban carámbanos.

Tocaron el timbre. Me extrañé mucho, porque en el tiempo que

llevaba allí eso no había sucedido ni una sola vez sin que estuviera previsto.

Era mi madre. Enmudecí, puesto que nunca había estado en mi casa. No tenía ni idea de cómo me había encontrado. La miré con cara de extrañeza. Ella lo hizo de una forma que sencillamente no sabría describir. Cualquier palabra encajaría, y, al mismo tiempo, no lo haría ninguna. Infinidad de posibles niveles de expresividad facial se superponían. Que además se presentara sin avisar, cuando ella vivía en Bilbao, era inquietante como poco.

Pero lo más preocupante no era eso. En una situación normal, la visión súbita de mi apartamento sin previo tratamiento de choque habría supuesto para mi madre una experiencia similar a la provocada por la inmersión en una piscina de ácido. Pero le dio exactamente igual que viviera en un iglú destartalado del tamaño y aspecto de una ratonera desguazada. Ni siquiera reparó en que la recibiera embutido en una especie de buzo de invierno. Era como llevar unos enormes gayumbos de lana de una sola pieza.

Me miraba fijamente sin articular palabra. Le dije que pasara y le cedí «la» silla. Se quitó el abrigo. Buscaba con los ojos un sitio donde dejarlo, así que se lo cogí para que pudiera sentarse. Yo hice lo propio sobre la cama.

—Hola, mamá. Qué sorpresa.

—Hola, hijo.

—Te ofrecería algo. Lo que pasa es que la compra de esta semana... —dejé caer, sin saber muy bien qué demonios podía haberle pasado a esa tranquilizadora «compra semanal».

—No, gracias. Estoy bien así.

—Hace un poco de frío. Pero bueno, si resistes los primeros síntomas de congelación, te acabas aclimatando —bromeé.

—...

—Ya... Lo decía para intentar romper el hielo —le dije sin pensarlo.

Que en mi apartamento esa expresión pudiera llevar a equívoco al tener un evidente doble significado es algo en lo que en ese momento no reparé.

—Siento haberme presentado así, pero es que tengo que decirte algo.

—Claro, claro... Ya sé que hace tiempo que no hablamos. Pero es que he tenido mil cosas que hacer. De verdad.

—No te preocupes. Lo entiendo. No creas que como madre no valoro el honor que supone estar entre las más prioritarias de las mil siguientes —ironizó mientras dirigía la mirada al suelo.

Ése no era su estilo. Además, seguía sin poder creerme que no hubiera echado siquiera un rápido vistazo a su alrededor para lanzar alguna invectiva. No era posible que le trajera sin cuidado que viviera en lo que para ella podía ser un indigno chamizo.

—No he querido decir eso. Es sólo que..., ya sabes. Últimamente... No sé, mamá.

—Yo tampoco hablaba en serio, hijo. Perdona.

—No pasa nada. Bueno, ¿y qué tal todo? No sabía que habías venido a pasar el fin de semana. ¿Estás viviendo en casa de los tíos?

—Papá tiene cáncer. Le quedan meses —dijo secamente, sin levantar la vista de su regazo.

Ésa ha sido quizá la única vez en toda mi vida en la que mi bloqueo ha sido total. Pero no por padecer una incapacidad para reaccionar, sino por ignorar absolutamente cuál era el modo «adecuado» de hacerlo. Se supone que están las cosas que les pasan a los demás y las que le pasan a uno. Una cosa así tenía que ser un flagrante error por parte de la Administración de Desgracias. Creo que había quedado suficientemente claro que yo estaba exento de algo así.

Sobre esto se ha hablado y escrito mucho. Sí, lo sé. Pero ¿por qué creen que ha sido así? Pues porque dicha insidiosa experiencia es universal. Porque a otro infeliz que era yo, el inexorable devenir de los acontecimientos le estaba «molestando» sin motivo ni previo aviso. Y es que ni siquiera te dejan en paz para sufrir a gusto con tu victimismo egocéntrico.

Aparte de la sorpresa, creo que el primer sentimiento que te invade con una noticia así no es de tristeza o desolación. Eso llega

luego. Ni siquiera de rabia. A mi juicio es algo parecido a un incordio, una especie de inoportuna molestia que surge en tu camino para terminar de joderte un día en el que todo se ha ido torciendo poco a poco. Es algo parecido a sufrir una especie de esguince en tu atribulado destino. Como si en el momento en el que vas a ser decapitado te dicen que esperes un par de horas de rodillas porque tu verdugo se encuentra atrapado en un atasco.

—¿Es muy grave? —pregunté de modo automático, escapista y cobarde.

El silencio se me hacía insoportable. «No estás reaccionando con toda la rabia que cabía esperar por parte de un hijo», me dije. Aunque se tratara de un mal hijo.

No obstante, mi cabeza se centró en seguida en otra cuestión. Pensé que otro tipo de persona distinta a mi madre habría contestado a mi estúpida pregunta que no, que tranquilo, gilipollas del culo, que, aunque a mi padre le quedaran sólo unos meses de vida, se trataba de uno de esos cánceres en plan broma que diagnostican los médicos, cuando se aburren porque esa semana la suerte de sus pacientes está siendo insultantemente buena.

Es increíble lo egoístas y mezquinos que podemos resultar en un momento parecido. O lo impredecibles. Incluso en una situación tan límite, tememos faltar al protocolo de lo «razonablemente humano». Recuerdo que agradecí que mi madre no hubiera reparado en mi flagrante estulticia sentimental, que su capacidad de observación estuviera transitoriamente anulada.

Tras un tiempo que no sabría precisar, mi madre alzó la cabeza y me sonrió con los ojos brillantes. La viva imagen de la resignación. Sólo la invadía un seco dolor. Unido además, supongo, a la ansiedad que provocan la impotencia y la incertidumbre. Sólo era capaz de llorar. No tardé en sumarme a sus sollozos mientras le sujetaba la cara con ambas manos. La diferencia entre nosotros es que mi madre lloraba por mi padre. Yo, sin embargo, creo que lo hacía por ser consciente de mi incapacidad para derrumbarme «como Dios manda» ante tamaña fatalidad. O quizá no. Es posible que ambos lloráramos porque las cosas no estaban resultando con-

forme al plan inconsciente que en su día trazamos todos para nuestra familia. Puede que ni siquiera el más empático y desprendido de los mortales sea capaz de llorar por algo que no sea él mismo.

—Vamos, mamá, tranquila. Ya verás como... —fue lo máximo que alcancé a decirle.

Me habría encantado poder completar la frase con el previsto «todo se arreglará». Pero me temo que soy de esos tiranos emocionales que sólo son capaces de mentir cuando el embuste redundaba en su beneficio.

Cuando mi madre se fue del apartamento, nos despedimos con un seco «hablamos». Me quedé en un estado entre hipnótico e idio-tizado. Pensé en que no le había preguntado por el tipo de cáncer que padecía mi padre, su posible origen o cualquier otra contingencia. Supongo que estaba demasiado concentrado en mi parálisis o en la forma en que se supone que debía reaccionar.

Imagino que sería porque, ante cualquier desgracia, el poder cautivador que presentan sus causas nada tiene que hacer con el mucho más arrasador que tienen sus consecuencias.

La pirámide de las adversidades

Al día siguiente a la visita de mi madre, me llamó el sacerdote protagonista de esta historia. Me citó para comer dos días después, sin aclararme si tenía algo concreto que decir. Aparentemente era una buena noticia. Pues bien, me trajo sin cuidado. De hecho, sigo sin explicarme muy bien por qué fui.

Creo que con las adversidades pasa exactamente lo mismo, pero en sentido inverso, que con la famosa pirámide de las necesidades de Maslow. Las necesidades surgen conforme se satisfacen las del nivel inmediatamente inferior. Así, a modo de ejemplo básico, sólo me preocuparé por cómo voy vestido si ya he logrado comer.

Los contratiempos, en cambio, sólo adquieren notoriedad si es que no han sido eclipsados por los de un nivel superior. En esos

momentos, mi sentimiento de culpa no dejaba espacio alguno para que me importara un carajo lo poco que quedara de mi autoestima y futuro profesionales.

El cura y yo comimos en una pequeña tasca cercana a la plaza del pueblo. Era martes y había pocos clientes. Comimos un menú del día que no sabría precisar ahora mismo. No obstante, recuerdo que el sacerdote lo acompañó con una generosa cerveza. Yo, en cambio, bebí abundante vino de la casa. En este tipo de comidas suelo hacerlo, siempre que no resulte demasiado «inapropiado». Así, en caso de dinamitar su desarrollo con una intervención infausta, siempre puedo achacar dicho desafortunado comportamiento a los efluvios del alcohol. Hablamos un poco de todo, mientras yo iba trasegando mi botella de vino de forma cadenciosa. De vez en cuando, sonreía reposadamente al sacerdote. Se mostraba algo menos ácido que en nuestra primera reunión. Para ambos estaba claro que los banales temas de conversación no eran sino una protocolaria forma de circunvalar el verdadero motivo de su llamada.

—¿Tú crees en Dios? —me preguntó el sacerdote con imprecisas intenciones. Si tenían éstas algo de bueno, lograban ocultarlo a las mil maravillas.

«Mierda, qué cabrón», me dije. Aunque pensé que ya le había dicho que era agnóstico, estaba claro que la cabra tira al monte. Cada uno con su tema.

—¿En qué Dios?

—¿Cómo que en qué Dios? En el que patrocina El Corte Inglés esta Navidad, ¡no te jode! —repuso sobresaltado.

—Vale, vale, perdona. Es verdad, no hace falta que hurgues más en la herida. Pues no, no creo en Dios.

—Ya.

—Bueno, espera. No y sí.

—Sólo te falta el «quizá» o el «depende». Cubrirías así todo el espectro de posibles respuestas, y habrías conseguido ser infalible. Pero te diré también que el más garrafal de los fallos, y del que más

te habrías de arrepentir después, es el de pretender no fallar nunca.

—Ya, como la famosa cita, ¿no? «Mi único gran error ha sido estar siempre pendiente de no cometer demasiados.»

—¿San Agustín?

—No, yo. A ver, calma, que no es eso. Me refiero a que soy agnóstico. Por eso pregunto por Él o por alguna de sus posibles formas. Porque sólo sé que no puedo saber si existe. Y lo más importante, de lo único que estoy seguro es de que en esta vida nunca voy a saberlo con certeza.

—¿Y sabes por qué?

—¡Ufff! Te aseguro que llevo ya un par de vinos y mis entenderas están algo mermadas.

—Porque la certeza nos resultaría insoportable. La certeza nos haría esclavos, nos privaría de la libertad. Esa incertidumbre de la que hablas nos hace libres, y Dios Padre es lo primero que quiere para sus hijos, nosotros, los hombres. Quiere que podamos elegir, ¿no lo entiendes?

—No sé. De verdad que me parece muy bien todo ese rollo. E incluso que intentes cumplir con tu labor apostólica a todas horas, como si fueras una especie de «Work Center». Pero ya te dije el otro día qué era lo que quería. Tu historia me parece increíble desde cualquier perspectiva, y me habría gustado contarla. Eso es todo. Soy sincero contigo.

—Y te lo agradezco. No creas que no lo valoro. De hecho, de contarle algo a alguien se lo contaría a la persona, no al escritor o al profesional. A mí todo eso del rollo mediático me resbala absolutamente.

—Vale, si estamos de acuerdo. Yo te entiendo y tú me entiendes. Si no pasa nada. Es decir, en lo único que estamos de acuerdo es en que no hay entendimiento o un punto común del que partir. No te lo tomes a mal, pero he ido a un colegio católico y ya he tenido lo mío al respecto.

—Espera, te cuento. Es verdad, tienes razón. Antes de nada, insisto en que me habría gustado comer contigo en cualquier ocasión. No obstante, te he llamado porque ha pasado algo reciente-

mente que ha hecho que me replantee la posibilidad de contarte mi historia. Pero bueno, eso es cosa mía. Tengo mis razones para contarte algunas cosas. Si me convencen los motivos por los que quieres escribir, puede que lleguemos a algún acuerdo.

—Un momento, ¿de qué se trata esto, de un juego, de una especie de test que tengo que superar?

—No se trata de eso. Quizá algún día te diga por qué me he planteado la posibilidad de contártelo. Sólo quería saber si tenemos alguna motivación común. Nada más.

—Sí, ya sé. Yo soy el escritor que representa el hambre de carnaza, el capitalismo galopante, la procaz mundanería, el consumismo materialista que todo lo corrompe. Tú, por el contrario, tienes unos fines mucho más elevados y moralmente incuestionables. Espirituales, etéreos e inmaculados.

—Espera, tranquilo, no te pongas nervioso, y mucho menos a la defensiva. Te he hecho una pregunta muy simple. Respóndeme por favor de la misma forma.

—Pues qué quieres que te diga. Por supuesto que tengo un interés económico en todo esto. Estoy sin un céntimo y tu historia es lo más escalofriante que he oído en mi vida. Si es la mitad de apasionante de lo poco que ya he oído, y soy la cuarta parte de talentoso que el peor de los escritores que haya parido madre, incluso así, creo que podríamos sacar algo que nos satisficiera a ambos. Porque, créeme, imagino por dónde pueden ir tus razones si desechamos de plano la cuestión económica.

—Te aseguro que no quiero un céntimo.

—Me lo imaginaba. Entonces, supongo que de alguna forma lo haces porque eres consciente de que tu historia puede servir de ejemplo a otra gente, de que puede infundir esperanza a personas que se encuentren en una situación parecida a la que a ti te tocó vivir. Por otra parte, la Iglesia no está sobrada de historias tan..., digamos que tan «vigorizadoras» de su imagen. Es más, me parecería justo y lógico que ésas fueran tus motivaciones.

—Piensa lo que quieras. De todos modos, no te olvides de que yo debo obediencia a la Iglesia. Pero lo que me gustaría saber es si

te daría igual que mi historia, en vez de la de un skin que se convierte en sacerdote, fuera a la inversa. Es decir, la de un sacerdote que se convierte en skin.

—Particularmente, creo que mi interés sería bastante menor. Ésa es una historia demasiado manida a efectos metafóricos. Ese viraje no para de repetirse en determinados círculos mediáticos. De hecho, ya sabes que más de la mitad de este país ni siquiera lo consideraría un viraje, sino más bien una «exacerbación» del rumbo —dije con tono mordaz y retador.

El sacerdote apretó la mandíbula y me miró con los ojos entrecerrados. Luego esbozó la sonrisa más amenazadora que me han prodigado en mi vida. Sentí miedo físico.

—Mira, muchacho, como no retires lo que acabas de decir y muestres un poquito más de respeto, te aseguro que vas a salir de este pueblo con una historia que contar sin necesidad de que yo abra la boca —concluyó tajante.

Era consciente de que me había pasado. Al paso que iba, el alcohol me iba a costar bastante más caro de lo que indicara la cuenta del restaurante.

—Perdóname. De verdad que lo siento. No te conozco de nada y te he juzgado sin ninguna necesidad. No sé lo que me ha pasado. Supongo que se me debería poner un bozal a través del cual poder beber con pajita... —dije sin pensarlo dos veces.

—...

—Bueno, mis disculpas otra vez. Ya me voy. Ha sido un placer. Bueno, o casi —le aseguré dubitativo.

Me incorporé y le extendí la mano. No obstante, el sacerdote giró la cabeza con socarronería y sonrió. Me indicó la silla para que volviera a sentarme.

—He de reconocer que lo del bozal me ha hecho algo de gracia. Igual incluso te ha salvado.

—Pues es lo único serio que he dicho en los últimos cinco minutos.

—A ver, tranquilidad. Te quería preguntar si te da igual el contenido de lo que escribas. Si no te importa si vas a lograr algo en las personas que compren tu libro o vean tu película.

—Pues a ver, por supuesto que no hay nada blanco ni negro. Si me estás preguntando si escribiría también tu historia en caso de que fueras un cura pederasta y protagonista de un caso que ha tenido una barbaridad de resonancia mediática, pues te contestaría que no lo sé. Igual sí. No te voy a engañar. Sólo creo que no es nuestro caso y que no merece la pena comernos la cabeza. Pero sí estoy seguro de una cosa. Si se pudiera echar mano de todo el material necesario para contar una historia semejante a la del ejemplo planteado, no sé si sería yo, pero te aseguro que en la sociedad actual habría bofetadas por hacerse con él para poner a la Iglesia a caldo. Nuestro caso es justo el inverso. Así que también me parece justo que tú, la Iglesia, o sus más devotos feligreses, hagáis todo lo posible por airear en contrapartida sus «trapos limpios», para demostrar que no todos los sacerdotes, ni muchísimo menos, se han ordenado porque les ponga cachondos el tintineo de la campanilla que tocan los tiernos monaguillos durante la consagración. Y en cuanto a la pasta, es todo muy simple. ¿Qué hay de malo en enriquecerse a través de un medio, que además persigue un fin que se justifica y legitima por sí solo? ¿Entiendes?

—Con absoluta claridad —me respondió, esbozando una sonrisa de pícaro bastante misteriosa.

—¿Entonces?

—Una última cuestión, ¿por qué escribes?

—Digamos que estoy decidido a comprobar que soy capaz de fracasar de cualquier modo que me lo proponga. ¿Te vale?

—¿Sabes que no hay nada tan poco estimulante para un ex cínico como la contemplación de uno situado en la cúspide de su descreimiento?

—Así que tú ya estás «curado». Pues a mí tu tono me resulta bastante ácido en general, qué quieres que te diga. Y mucho más viniendo de un sacerdote. Los que yo he conocido solían resultar bastante más «dulzones».

—Es posible que siga siendo irónico, lo cual tiene mucho más que ver con las formas que con el fondo. El cinismo en cambio es una ironía mucho más grave, porque va muchísimo más lejos. Nace

de la raíz de los sentimientos, y suele desembocar en la amargura y el abatimiento. Es muy difícil encontrar un cínico que no sea irónico. Pero, en cambio, sí que es posible encontrar gente irónica que no sea cínica. Fundamentalmente porque ha «aprendido» a dejar de serlo a través de una experiencia reveladora. Creo que es mi caso.

—¿Y cuándo y por qué dejaste de ser un cínico para convertirte «sólo» en un tipo irónico?

—Ésa es precisamente mi «historia».

El interludio: los términos del acuerdo

El piso del sacerdote estaba situado en un sencillo edificio blanco de tres plantas. El interior era muy sencillo pero cómodo. Su entrada daba a una salita, desde la que se comunicaba con su dormitorio y el cuarto de baño. La cocina, sin ser muy espaciosa, era luminosa y gozaba de las comodidades habituales. Había una decoración muy escasa. Salvo algún que otro cuadro aislado, las paredes se mostraban desnudas. Junto a la librería, en la que había muchos libros, sobre todo de temas religiosos, había un televisor. A su vera tenía una especie de aparador en el que rebosaban infinidad de películas de DVD dispuestas sobre estantes. La mayoría eran clásicos en blanco y negro.

El sacerdote fue un momento a su cuarto y regresó en seguida. Se había quitado el alzacuello e iba en camiseta. Me dio la sensación de que estaba, más que poniéndose cómodo, preparándose para un combate o algo parecido. Preferí no quitarme la chaqueta para dejarle clara mi poca propensión al enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

Lo cierto es que estaba algo nervioso. No sé, nunca había hecho nada por el estilo. Los prolegómenos me tensaron más de lo esperado. Además, aunque ello diga muy poco en mi favor, he de reconocer que se me da mucho mejor hablar (por muy desafortunado y tedioso que resulte mi discurso) que escuchar.

—Hay una cosa que te quiero dejar clara antes de empezar —dijo mirándome fijamente—. Una vez hayamos acabado y tú hayas hecho

con ello lo que fuere, tengo que verlo primero para saber qué demonios se va a mostrar en público. Recuerda que debo obediencia a la Iglesia. No puedo hacer ni mucho menos lo que me dé la gana.

—Te entiendo perfectamente. Sé que para ti esto no va a ser fácil, y que si lo haces es por algo que va más allá de tu propio interés. Aunque hay que ver la poca confianza que tienes en mí.

—Bueno, la misma que tú depositas en mí. Ni más ni menos. Si tú te avienes a contar sólo lo que yo te diga, es porque confías de alguna forma en que si te ciñes a lo acordado, no te voy cortar las alas después. Y si yo ahora te cuento lo que te voy a contar, es porque confío en que luego no vaya a tener que cortártelas. Así de simple.

—Trato hecho. Te aseguro que lo único que haré es ceñirme a la verdad, a lo que me cuentes. Pero claro, ten en cuenta que, si para evitarte posibles «problemas» colaterales no puede aparecer ningún nombre ni dato reales, también me tienes que dejar «ficcional» alguna parte o detalle. Eso sí, sin desviarme de la esencia de la historia.

Y empezó a hablar.